

María Cristina Orantes

Estampa de Rafael Menjívar Ochoa

Poeta, El Salvador

titinao@yahoo.com

Cuando Krisma me invitó a colaborar con un texto acerca de Rafa, como todos lo llamábamos, sentí una mezcla rara de sensaciones que oscilaban entre la satisfacción por escribir algo sobre este personaje de la literatura salvadoreña, la melancolía por su prematura partida y el temor por lo que él hubiera dicho sobre este texto.

Todavía bajo el efecto de esas impresiones, me pregunté ¿y por qué no escribí antes sobre el? ¿Por qué ahora cuando ya no está? Sí, ahora que ya no podré ver deslizarse por el texto su mirada abismal ni asomarse aquella sonrisa irónica tan suya, ni escucharlo expresar algún comentario por lo general sarcástico o divertido pero indiscutiblemente siempre oportuno.

Me continúa bordeando la nostalgia, me remuerde la conciencia por no haber estado un poco más cerca y me convengo de que las buenas intenciones y los propósitos que uno deja para más adelante no son suficientes porque el tiempo nos engulle, nos hunde en su ola gigantesca y se va. Y quedamos atrás, si es que quedamos, con las manos vacías, el llanto asfixiado, colmados únicamente de tantos “hubiera” que talvez solo intentan que nos sintamos mejor, aunque en el fondo sepamos que no sirven para nada.

En los últimos días he vuelto a leer a Rafa y a recordarlo más que cuando vivía, y he aprendido tanto de esa manera suya tan particular de escribir que nos estrellaba la verdad en la cara de una estocada, nos hacía recapacitar y sentir, conectarnos con su lectura y recibir por momentos el golpe de la corriente que emanaba de su pluma.

Y al evocar distintos momentos, se me vino a la memoria uno de los de mayor acercamiento. Fue hace algunos años en un festival de poesía que una entidad dedicada a estos menesteres llevaba a cabo.

Nunca olvidaré que después de escuchar los formalismos de la extensa lectura de su hoja de vida, previa a su presentación, en la voz monótona del maestro de ceremonias, se encogió de hombros y con la mayor sencillez y naturalidad se levantó de la mesa de honor y se sentó con las piernas colgando en una esquina del escenario y mirando a la concurrencia con una sonrisa que le bailaba en el rostro dijo: “No entiendo por qué me invitaron a un festival de poesía y lo que es peor, no se porqué acepté participar, yo no soy poeta sino novelista, pero ya que estoy aquí voy a leerles un extracto de uno de mis escritos.”

Y en el recinto repleto de ese público cautivo que por lo general acude a estos actos sin ningún entusiasmo ni interés, sino por la obligación impuesta por el maestro contactado por la organización que realiza el evento, comenzó a leer con su voz suave y su inconfundible acento mexicano; y poquito a poco fue cautivando a los muchachos. Si algunos murmullos se asomaban, lentamente se fueron apagando, hasta dejar el auditorium en absoluto silencio donde la única voz que reinaba en el ambiente era la de Menjívar Ochoa. Los jóvenes estaban absortos escuchando una trama verídica o no, pero conducida magistralmente por su creador. No quiso terminar de leer la historia, pero al final de la jornada, los alumnos se arremolinaron a su alrededor para interrogarlo, saber de él, hacerle preguntas, en fin, para oírlo, ya que la lectura de esa mañana no había sido suficiente.

Después, durante el almuerzo que tuvimos la oportunidad de compartir, estuvimos comentando la reacción de los muchachos y bromeando acerca de que en un recital de poesía, entre los cinco ó seis poetas que se presentaron, la mayoría provenientes de remotos países y que leyeron sus creaciones en sus lenguas extranjeras, quién más llamó la atención del estudiantado fue el escritor salvadoreño que hablaba como mexicano y que se definía como alguien que no era poeta.

Es innegable que el grueso de la obra de Menjívar Ochoa es la narrativa y que el autor es uno de los máximos representantes del género de la novela negra en nuestro país, pero pese a lo que él afirmaba, también era poeta. Y no lo digo por necesidad, Rafa escribió poesía y de la buena. Y su manera tan característica de decir las cosas está presente y hace que lo reconozcamos en sus versos que nos estremecen al igual que sus novelas y sus cuentos, ya que encierran verdades ineludibles que retratan sufrimientos, miedos, ardores y reflexiones. La voz del poeta se transforma en la voz de la conciencia que es también la voz universal que vibra al compás de nuestros latidos.

A fin de que el lector conozca la poesía de alguien que repetía una y otra vez que no era poeta, transcribo el poema I de la serie “Un viejo amor” Y si esto no es poesía no se que pueda serlo, entonces:

Uno está en ocasiones
atroz como una puerta
y es –si acaso es algo–
mano, bisagra y llanto
Y ya nunca llorar
Cuando uno está entrenado
–dar vuelta de campana, ladrar
fingirse muerto–
las cosas no caminan como deben
El tiempo pasa lento
los taxis huyen lentos
el sueño se desvela y uno se cree santo
y triste
y en realidad sólo piensa en otra cosa
Cuando se acaba el día
si es que se acaba

duelen los pies en serio
la pomada no ayuda, los suspiros
no ayudan ni para estar insomne
Cuando acaba la noche
si es que se acaba
se recuerdan los sueños de tres noches atrás
saludan de lejos con manecitas tristes
y eso, amor, es irse al diablo
(Es oscuro el cementerio de los sueños)
En fin, que arden los ojos
al despertar y cuando el dormir falta
y cuando se está lejos de uno mismo
cerca de nadie en especial
rozando el limbo.
Arden los ojos de agua
arden de tanto ver y de estar ciego
Todo color es vano y no existe memoria
más que de este ardor que ya desangra
Uno camina de nuevo
y duelen más los pies de tantos pasos
de estarse quieto y rayos:
mañana es domingo
nada más que domingo
Quizá sea otro día si lo suplico a rastras
Quizá si fuera lunes sólo tendría la náusea
que da cuando se pierden los calendarios patrios
y las fechas profanas

En fin, amor, que está la casa en calma

y que no tengo casa

Nadie tiene una casa

Y con el sabor de esta lectura evoco una vez más a Rafa, su voz, su acento; lo imagino leyendo esta su “no poesía” más legítima y honda que muchas otras que, precedidas de bombo y platillo, se autoproclaman y otra vez se me clava un aguijón en los ojos.

San Salvador, julio de 2011